

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. . . . . 4 reales.

Por tres id. . . . . 11 »

Por un año. . . . . 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . . . 15 reales.

Por seis id. . . . . 28 »

Por un año. . . . . 50 »

EXTRANJERO.—Por tres meses. . . . . 30 »

ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

He limpiado ya el puñal que me ha servido para mis recientes atentados; envaino, y empiezo.

Escribir Crónica y no hablar de elecciones, es imposible.

Hablar de elecciones y no repetir acerca de ellas lo que dijimos hace cuatro días, es más imposible todavía.

Con que, señor leyente, á lo que sobre materia electoral dijimos el domingo último, sírvase añadir algunos tiritos y puñaladas, varias prisiones, uno que otro asesinato de mala muerte, escamoteos de cédulas, protestas, garrotazos y servicios prestados por las autoridades, y quedará Vd. perfectamente enterado, así en conjunto, de todo lo sucedido.

¡Ahora viene lo bueno!

Lo bueno es la clasificación de votos.

Los ministeriales se resisten á desprenderse de sus infantiles ilusiones.

¡Así, llaman adictos á hombres como el Sr. Ríos y Rosas y como D. Cristóbal Martín Herrera!...

Hacen como los sitiados cuando no tienen más remedio que comer carne de caballo: todavía, dicen, es mejor que cierta ternera.

Denuncias de periódicos, asesinatos, encarcelamientos, tropas que van y vienen, telégramas y cartas falsas en perjuicio de las oposiciones, amenazas de las autoridades al elector... Digan Vds. que este no es el mapa de la España monárquica.

Acabo de leer los nombres de los candidatos ministeriales más seguros y los de las enfermedades reinantes.

Me habia propuesto dar á Vd., curioso lector, ambas listas completas; pero no me lo consiente mi mala memoria, que ha formado un baturrillo inextricable con lo uno y lo otro.

Recuerdo confusamente Sagasta, erisipelas, Serrano, intermitentes cotidianas, Olózaga, pleurodinias; pero lo principal se me ha olvidado. Poco se pierde con ello, porque el presupuesto les recordará á Vds. los diputados triunfantes y las enfermedades que por ellos reinan, aunque no las mencionen todas los médicos.

Si oyeran Vds. decir que echan á los jesuitas de Roma, no hagan caso.

Este fenómeno, como dijo aquel alcalde, no es fenómeno, es un suceso que se verifica en todas las naciones cultas, lo mismo que los eclipses.

El de los jesuitas suele ser breve. Son monárquicos. Si de un país monárquico, los echan, ¡alabado sea Dios! El sabe lo que nos conviene á todos.

Se ha hecho correr el rumor de que habia parecido aquel millon y pico extraviado entre el patriarca de las Indias y nadie más.

El rumor es falso: completamente falso.

Lo han hecho circular las oposiciones unidas para amargar la existencia del gobierno.

Las cosas más notables que han sucedido en estas elecciones, son precisamente cosas que no han sucedido.

Me explicaré: que no soy teólogo.

Lo que ha sucedido es que no ha sucedido aquello de ser votados ciertos demócratas eminentes por cuatro ó cinco distritos, como en las elecciones anteriores.

Aquí se ve claro que el ministerio no ha ejercido coacción alguna en favor de aquellos personajes.

Y lo particular es que con tanta coacción y atropello como han cometido las oposiciones, nada han hecho tampoco en pró de los personajes susodichos.

Esta imparcialidad encantadora, así de la opinion pública como del gobierno, es verdaderamente honorífica para el pueblo español.

Cuando me dijeron que en Valencia habia habido escenas de extraordinario entusiasmo con la llegada de un hombre político, y que ni se habia turbado el orden ni mala pasion alguna habia levantado la cabeza, dije yo para mí: Esto es que el gobierno, sin esperar la llegada de doña María, ha resuelto enviar á aquella provincia algun amigo suyo que despertase allí ideas nobles, altos pensamientos, afectos dignos de ciudadanos probos y entusiastas.

¡Qué chasco cuando supe que el autor del entusiasmo era Emilio Castelar!

Ya no le encontré chiste al suceso; porque es lo que me decia un ministerial: cualquiera otro con el talento de Castelar haria lo mismo.

Y tenia razon.

Dice un periódico que en los teatros alemanes salen ahora parejas representando á doña Isabel de Borbon y á cierto ex-ministro que la acompaña, bailando el bolero.

¡Harto nos hicieron bailar ella y su padre y su abuelo!

Bien podemos decirle como la hormiga de la fábula:

Pues ahora que yo canto, ¡baila, pese á tu cuerpo!

Roberto Robert.

SUPONGAMOS.

Dios mejora sus horas, dice el adagio, y yo comprendo perfectamente que piense en mejorar las suyas antes que en mejorar las ajenas; paréceme, no obstante, que cuando su Divina Majestad tenga un rato desocupado se dedicará con interés á disminuir los males sembrados á traicion y con alevosia sobre este valle de lágrimas por el ángel de las tinieblas.

Digo esto porque, si no estoy equivocado, parece que el horizonte político principia á despejarse. La horrorosa guerra franco-prusiana ha terminado: los temores de una lucha general se han desvanecido, y en España las elecciones últimamente realizadas han producido lo que esperábamos todos y todos anhelábamos: la consagracion plebiscitaria de la nueva dinastía.

Regocíjate, pueblo español; de las urnas ha surgido grande, elocuente, poderosa la expresion de tu voluntad soberana. Ya no hay duda posible; toda discusion ha terminado, y yo por ello y por tu decision, prudente y patriótica al mismo tiempo, te envío desde aquí mi enhorabuena.

Sé feliz como debes serlo: sean para ti estas elecciones germen fecundo de duradera bienandanza.

Y ahora que, por fortuna, tenemos ya perfectamente arreglados los asuntos propios, descansen un instante y despues dirigiremos la vista hácia los asuntos ajenos.

Ya lo sabes, la guerra de Francia ha terminado: ignoro si la paz será de larga duracion; ¿quién puede saberlo? pero hoy es un hecho, y esto es lo interesante: Guillermo de Prusia, que salió de Berlin de simple rey, vuelve á Berlin hecho emperador; Bismark le acompaña; pasarán los días consagrados á los festejos oficiales y á los públicos regocijos, y una vez pasados, el emperador y su ministro, ó si te parece más exacto, el ministro y su emperador, estudiarán con detenimiento los sucesos de estos últimos meses.

Cuando en esta especie de exámen retrospectivo toque su turno á la ocupacion de Roma, es posible que ese acontecimiento parezca á los emperadores una usurpacion.

Supongamos que esto sucediera, como en efecto puede suceder; supongamos que sucediera—repite que lo supongo, no hago más que suponerlo;—entonces Bismark dirigiria á Víctor Manuel la nota diplomática que es de rigor, invitándole cortésmente á deshacer lo hecho; el monarca italiano encontraria impertinente, cuando ménos, la invitacion, y es fácil que así lo manifestase en otra nota más atenta y más corta, si cabe, que la del ministro alemán; notas y contranotas, réplicas y contraréplicas se cruzarian con este motivo, y apurados ya todos los argumentos pacíficos, podria llegarse á la última ratio regum, y caten Vds. iniciada una nueva guerra.

Continúo suponiendo:

Rotas las hostilidades, no seria decoroso—me parece á mí que no lo seria—que España conservase una estricta neutralidad; ni esto seria posible, ni concibo que haya quien pueda figurárselo.

¡Qué gloria entonces para nuestros soldados, háberse las con las vencedoras huestes de Guillermo!

Nuestro pendon victorioso flotaria como en tiempos felices por las más apartadas regiones de Europa; el nombre casi olvidado de España resonaria una vez más en Italia y en Alemania. Nosotros vengariamos á la raza latina, humillada en Francia durante la desastrosa guerra que ahora termina, y nuestra infantaria, heredera de los famosos tercios de otras épocas, arrollaria cuanto se opusiera á su marcha, produciendo por todas partes admiracion y espanto.

Sospecho que para algunas almas pequeñas, para muchos hombres pusilánimes y apocados, en cuyos

espíritus pobres no hay lugar para el entusiasmo, en cuyos corazones no tienen cabida las ideas de gloria y de conquista, esto sería una temeridad, una locura; pero ¿qué importa? ¿Habríamos de permitir que el padre de nuestro soberano se las hubiese solo con esos alemanes flemáticos y vanidosos? Nunca.

Nuestro deber era acudir en auxilio de Víctor Manuel, y al hacerlo así cumplíamos una obligación de vasallos leales y realizábamos al mismo tiempo una aspiración del carácter emprendedor y belicoso del pueblo español.

Lástima grande que todo esto sea una simple hipótesis: porque—vuelvo á repetirlo—todo esto son meras suposiciones.

Pero si esto se realizase, ¡con cuánto gusto sacrificaríamos los españoles todas nuestras haciendas—si por ventura las teníamos—con cuánto placer expondríamos nuestras vidas por dar ayuda al rey de Italia adquiriendo glorias y laureles para nuestro país!

Sí, todo esto podría suceder: alégrate, pueblo español, alégrate desde lo más profundo de tus entrañas, que acaso estén próximos estos sucesos, que sólo en perspectiva te hacen brincar de gozo.

¡Oh, vosotros los comerciantes honrados y previsores, tal vez no tardareis mucho en ver cómo nuestra fama por el orbe vuela! ¿Y qué os importará entonces que el comercio se arruine?

Tú, hombre de orden, que sientes estremecimientos de horror y escalofríos cuando pronuncian cerca de tí la palabra república, alégrate: el orden ha obtenido su definitivo triunfo, y ya no será preciso esquilmarte para apaciguar perturbaciones hoy ó para recompensar mañana á los perturbadores: el fruto de tus sudores encontrará más digno empleo.

Alégrate, ciudadano pacífico, labrador juicioso, artista sensato y cortesano prudente: quizás dentro de poco alcances el honor inestimable de que tus hijos logren gloriosa muerte en tierra extraña sirviendo á su rey y señor.

Bienaventurados nosotros.

Y no temas que la intemperancia y la falta de patriotismo de la oposicion impida tanta felicidad: no es temible su intransigencia.

Lo malo es que tal vez todo esto no pase del terreno ideal de las suposiciones; pero si, por fortuna nuestra, la cosa sucediera como hemos supuesto, yo sé bien que tiene nuestra Constitución democrática un artículo que dice así:

«Art. 70. El rey dispone de las fuerzas de mar y tierra, declara la guerra y hace y ratifica la paz, dando despues cuenta documentada á las Cortes.»

¿Comprendes bien?

Pues ya ves tú si puedes estar tranquilo.

A. Sanchez Perez.

## ARMONÍAS CLERICALES.

### III.

#### Grito de guerra.

CORO.

¡Al arma, al arma, acólitos,  
deanes y presbíteros,  
abades y subdiáconos...  
al arma sin tardar!...  
De altares y de púlpitos  
salga la voz canónica,  
que venga al hombre incrédulo  
y escéptico á aterrarse...

VOZ PRIMERA.

Bajo los pliegues de mi manteo  
bien escondido llevo un trabuco...  
Se acerca el día del gran jaleo...  
Verán entonces lo que es un cuco.  
No quede rastro de liberales  
ni de derechos individuales...  
Rey aclamemos á Manterola,  
pues que su chola  
para dar cuentas se pinta sola;  
pero hasta tanto que llegue el día,  
¡ruede la bola!  
Esto aconseja la cuquería,  
y que nos pague don Amadeo,

que el día que venzamos  
se irá á paseo.

CORO.

¡Al arma, al arma, acólitos!  
etc., etc.

VOZ SEGUNDA.

Los sacerdotes se alcen airados  
al santo grito de la venganza:  
de los altares, ecos sagrados  
al pueblo llamen á la matanza.  
En catedrales y colegiatas,  
curas, monagos y sacristanes,  
álcese todos...  
¡hasta las ratas!...  
y en duros modos  
á esos truhanes  
que de nosotros se están burlando,  
ver les hagámos que sus desmanes  
nuestra paciencia van irritando...  
¡Ay si de pronto se irrita el clero!...  
¡Ay si resuena por esos campos:  
«¡Fuera trabucos!... ¡Olé, salero!»

CORO.

¡Al arma, al arma, acólitos!  
etc., etc.

VOZ TERCERA.

Ya descansaron los sacristanes  
de los afanes  
de las funciones  
de los salones  
de Capellanes,

que han contemplado nuestras victorias,  
que teatro han sido de nuestras glorias...

Bellos fulgores  
la aurora lanza:

se pinta el suelo con los colores  
de la esperanza...

¡Cómo la yerba llena los prados!...  
Ya no hacen falta las provisiones...

¡Fuera sermones  
y jubileos!

¡No más razones  
ni más rodeos!...

Vea la gente lo que es un cuco.

¡Abajo los manteos!  
¡Salga el trabuco!

CORO.

¡Al arma, al arma, acólitos,  
deanes y presbíteros,  
abades y subdiáconos...  
al arma sin tardar!  
De altares y de púlpitos  
salga la voz canónica,  
que venga al hombre incrédulo  
y escéptico á aterrarse.

EL PADRE CONCENTAINA.

## DELIRIO.

Yo los veía, los veía con esa indeterminación, con esa vaguedad propia de los sueños.

En mi extraviada imaginación mezclábanse confundidos recuerdos de un ayer muy próximo y reminiscencias de una infancia casi olvidada.

Eran varios hombres; los unos llevaban teas de resina, los otros arrastraban láminas de hierro, y se animaban mutuamente con desapacibles aullidos.

En medio de todos, un infeliz llevaba sobre sus anchos hombros una escalera colosal.

Era el espectáculo que yo había presenciado tantas veces, y en el cual tanto divertimento encontraba mi espíritu infantil hace muchos años.

Veíalo con caracteres especiales.

Los grupos eran más numerosos, sus gritos más horribles y más vertiginosa la carrera.

Hombres mal vestidos y mujeres medio desnudas corrían al lado de personajes llenos de cruces y de placas brillantes; soldados de infantería y de caballería, guardias civiles y artilleros formaban también parte del acompañamiento.

Y corrian, corrian, corrian.

Pero la rapidez de su carrera producía aturdimiento grande en mi espíritu.

Y mi espíritu los seguía sin embargo. No sé por qué, no sé cómo; pero yo marchaba con ellos.

Deteníanse de pronto: al bullicio sucedía el silencio, y subiendo á lo más alto de la escalera, un hombre registraba con su vista todo el horizonte. El recogimiento era grande; «¡Por Barcelona!» gritaba el vigía; é inmediatamente comenzaba de nuevo el estrépito, la comitiva volvía sobre sus pasos, y con alaridos más sonoros y mayor rapidez que antes se dirigían á otro punto.

Y yo los seguía siempre, sin moverme de un mismo sitio.

Los hombres de las cruces, las mujeres, los soldados, el mozo de la escalera, todos continuaban corriendo y volvían á detenerse; repetíase la escena anterior, y al grito de «¡Por Alicante!» seguía un estrépito atronador, y vuelta á marchar los hombres y las mujeres y los soldados, y vuelta á subir uno á uno los peldaños de la escalera, y vuelta á gritar «¡Por Vitoria!» y otra vez á correr y vocear y á tocar instrumentos de sonido ingrato.

¡Terrible delirio!

Era mi cabeza un volcan y mis oídos eran verdadero infierno; por fortuna mía, visiones más apacibles sustituyeron á estas; pero, cosa extraña, mi mente persistía, se obstinaba en recordar el mismo asunto.

Veía yo por acá, por allá, de cerca, de lejos, en todas partes niños de inocente sonrisa y de mirada cándida asomarse á los balcones: adornábanlos con flores y colgaduras, y dejaban allí un elegante y lindísimo zapato, retirándose despues á dormir, con la esperanza de que, al pasar los magos, depositarian en ellos un delicado obsequio.

Aquellas memorias de mi niñez fueron para el alma dulces y melancólicas.

No puedo asegurar si continué soñando. Confusos unos, borrados por completo otros, surgen ahora en mi mente recuerdos de aquel delirio singular; por un lado veía, lejos, muy lejos, la comparsa de la escalera, que iba y venía de acá para allá alborotándolo todo, despertando á los vecinos y haciendo inútiles marchas y contramarchas; por otro veía también á los niños asomarse con esa timidez y ese amoroso anhelo del que espera ser sorprendido agradablemente, y despues de mirar lo interior del zapato nuevo, retirarse místicos y desconsolados.

Ni los unos cesaban en su carrera, ni los otros acababan de perder su esperanza.

Despues, despues... ¿qué pasó despues?

¡Ah! sí; despues ví algunos hombres con cabeza de niños que jugaban á las cuatro esquinas.

¡Y cuánto me reí yo viendo al que pedía candela ir á la derecha, volver á la izquierda, adelantar, retroceder, y no hallar por último sitio para colocarse!

Me parece que escucho sus palabras.

—¿Hay candela? preguntaba.

—Por allí hueca, le contestaron.

No recuerdo más; pero ¿no ven Vds. qué profundamente grabadas quedan en nuestro espíritu las primeras impresiones de la niñez?

Ya, ya.

## EVOLUCION.

Sr. Director del GIL BLAS:

Sabrá Vd. de cómo he vuelto la casaca, es decir, que he cambiado de opinion; más claro, que me he hecho ministerial, porque he querido, en primer lugar, y en lugar segundo, porque me han convencido los periódicos ministeriales, á cuya lectura me he dedicado estos días para distracción de mi agobiado espíritu.

Como Vd. supondrá, mi evolucion no se ha hecho á humo de pajas, ni á un dos por tres, ni sin fundamento, y por eso quiero ponerle al tanto de lo que me ha encaminado por la nueva senda del ministerialismo.

Dejemos á un lado mi afición á las malas causas, á las causas perdidas y á las causas débiles, y pasemos á uno de los principales móviles de mi conversión, que lo es la convicción en que estoy de que el partido republicano está á punto de espirar.

Si Vd. quiere convencerse de esto no tiene más que sumar el número de los federales asesinados, el de



Observando de nuevo el cáriz que presenta LA MAR.

Ecce... topete.

los que están curándose en los hospitales las heridas de mano airada y el de los que están archivados en las cárceles españolas, y si llegan á media docena los que escapan de la cuenta, que me emplumen.

Además, el partido esese encuentra desorganizado, y no es posible tenga vida un partido en el cual cada uno hace lo que quiere sin orden ni concierto, ni cosa que lo valga. Ahí tiene Vd. sin ir mas léjos los republicanos de Cádiz y los de Málaga y los de mil puntos más. ¿Quiere Vd. decirme por qué no han acudido á luchar pacíficamente en el terreno de la legalidad?

Ya sé que me contestará Vd. con lo de las coacciones y las violencias, y me dirá: «Y por último, no han ido porque no les han repartido las cédulas electorales.» ¡Brava disculpa! ¡Que no tenían cédulas electorales! ¿Es esa una disculpa seria? ¿Cómo han ido á votar los soldados que no tenían veinticinco años, ni veinticuatro, ni veintitres, ni veintidos? ¡Vamos, si cuando yo digo!

¡Y luego, los disturbios que han originado por esos pueblos de Dios! ¡Qué escándalos! ¡Qué arbitrariedades! Si apostaría yo cualquier cosa á que no hay distrito por donde ellos no esperaran el triunfo en el cual no hayan armado una zalagarda.

Hombre, sin ir más lejos, ahí tiene Vd. el barrio de la Arganzuela en Madrid, que me parece que bien cerca está. Pues bueno: en cuanto los federales de aquel distrito supieron que Orense ganaba la votación, dijeron: «Aquí de la nuestra.» Entra un federal en un colegio y da un viva al... no sé, cosa ministerial creo que era. Entonces un progresista dió un viva de oposición y la Partida de la Porra empieza á palos

y tiros con los ministeriales; y ¿qué hacen los republicanos? Se precipitan á las urnas, destrozan aquellas en que creían que estaban los votos de su candidato y todo lo revuelven, con el fin, por supuesto, de que Orense saliera derrotado, ¿qué me dice Vd. de esto?

Además de todo lo dicho, y como si ello no fuera suficiente de por sí, yo he leído un trozo ó *morceau* de *La Iberia*, que quiero aquí reproducir para que usted se entere. Y dice así:

«La elección se ha realizado con la tranquilidad de siempre por parte de todos, y tras el triunfo de la revolución empieza tangible y de prácticos resultados la era de paz y de libertad inaugurada con la memorable ascension al trono del rey Amadeo I.»

Yo esto lo creo á pié juntillas, y así creo que empieza tangible la era de paz y de libertad como creo que me he de morir, y ¡calcule Vd. si lo creeré!

«La elección (dice el parrafito transcrito) se ha realizado con la tranquilidad de siempre por parte de todos;» y el que no vea esto claro como la luz, es porque será un topo. A ménos que vaya Vd. á dar crédito á lo que dicen las oposiciones de palos por aquí, asesinatos por allá, prisiones por aquí y acullá, trampas acullá y aquí, etc., etc., etc. Pues no señor, que lo cierto es lo que reza *La Iberia* de que *la elección se ha realizado con la tranquilidad de siempre...*

Yo ¡bobo de mí! he creído hasta ahora en la Partida de la Porra, en las coacciones, en los atropellos de la Constitución, en las violaciones de domicilio, en los registros de papeles, en las prisiones injustas,

y ¿qué sé yo cuántas cosas? Pero ¡vea Vd. lo que es leer los periódicos ministeriales! A *La Iberia* debo el saber que *la memorable ascension* ha inaugurado una era donde se trilla la paz y la libertad, que salen sin mezcla alguna de paja ni granzas, y claro está que todo lo que se diga en contra ha de ser con objeto de desprestigiar una situación digna de encomio.

Vamos, ¿qué se apuesta Vd. á que no vienen al Congreso ni los 30 diputados republicanos que *El Imparcial* nos dejaba hace unos días? Porque, amigo, no todo lo ha de decir la ley, y si vienen elegidos más de 70 como se dice, ya se rebajarán los 40 y pico á puro encarcelar y asesinar é inutilizar de uno ú otro modo. ¡Y harán muy bien!

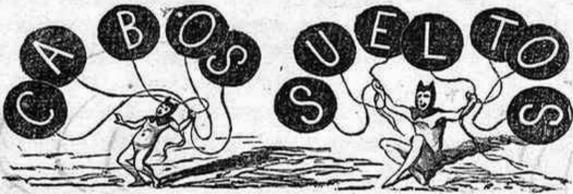
Así que, de hoy más, mis escritos en el *Gil Blas* habrán de rebosar entusiasmo cómico-dinástico, y usted verá si esto le conviene, que yo creo que si le convendrá, porque al fin y al postre, ¿qué recurso le queda á Vd. sino el de hacerse ministerial ó ir al Saladero ó á la mansion del silencio eterno?

Con que dése Vd. prisa, piénselo bien, y sobre todo pronto, porque las medidas están tomadas de modo y manera que antes de una semana no ha de quedar un federal para contarlo.

Y con esto no canso más. Vd. dirá.

Suyo, etc.

CORZUELO.



Los rojos de París continúan cometiendo atrocidades. Prenden á los escritores, privados de la garantía del jurado, destierran sin formación de causa, hacen votar á los soldados que no tienen la edad, destituyen ayuntamientos, imponen juramentos ilegales...

Ahora no recuerdo bien si son los rojos de París los que hacen todo esto; pero me parece á mí que á esos horrores nadie se atrevería, á no ser...

¡Fuera dudas! Los cometen los rojos de París.

✳

La prensa liberal ¡pero muy liberal! ya empieza á llamar reina á la esposa del rey.

No digo lo contrario, prensa liberal.

✳

Varios periódicos vuelven á indicar al Sr. Olózaga para la presidencia de las Cortes.

Son capaces de hacerle venir, como la otra vez, y repetirle la misma suerte que tanto gustó en la última corrida.

✳

¡Qué de buen tono es el hacer aspavientos cada vez que un pobre lázaro dice algo que ha oído contra la propiedad!

Es que, en efecto, de pronto cualquiera cree que todo el que hace aspavientos tiene algo que perder.

No es mal medio para darse ciertos aires... ¡Aires! Única propiedad de la mayor parte de esos asustadizos.

✳

En la galería de figuras de cera se expone desde hace algunos días el retrato de Amadeo.

También han agregado últimamente el cuadro del hambre.

Yo no sé en qué consiste; pero hay ideas que se llaman mutuamente las unas á las otras.

✳

Hemos oído decir que los unionistas se proponen hacer un delicado obsequio á Romero Robledo.

Pues mire Vd., merecido lo tiene.

✳

Montpensier, que apoyado por el gobierno ni siquiera pudo ser diputado, ahora perseguido podrá llegar á serlo todo.

Cada vez es más evidente la popularidad de que goza el gobierno.

✳

Ha sido recogido y re-denunciado *La Igualdad*. No se ha visto monja más recogida que la prensa republicana.

✳

En prueba de lo odiosa que es para el partido de coalición la coalición que no es de su partido, en algunos distritos electorales han votado progresistas contra progresistas.

Esto se llama predicar y dar ejemplo.

Y se han destrozado, que era lo mejor que podíamos desear.

✳

*El Debate* suelta la siguiente indirecta á los que habían prometido economías, abolición de quintas, Iglesia independiente del Estado, etc.

«Cayó la monarquía de doña Isabel II porque había renegado de su origen y antecedentes.»

El autor de la revista se llama... (léveme el gobierno si no es adicto) se llama José Luis Alvareda.

✳

Nuestro correligionario, el ciudadano José Sañudo, nos remite un sello de 0,050 milésimas de escudo para la suscripción iniciada en nuestro número anterior con el fin de elevar una estatua de honor al divino Sagasta.

Al acusarle el recibo de su donativo, creemos deber nuestro darle cuenta del estado de la suscripción.

NOMBRES.	ESCUDOS.
Suma anterior. . . . .	0,025
José Sañudo. . . . .	0,050
Total. . . . .	0,075

✳

¡Leo que aun puede correr peligros la monarquía! ¡Y yo pensaba que hasta la habían asegurado remachando los clavos!

¡Oh esperanza! No me abandones.

✳

En la visita de las autoridades de Gerona á la esposa del rey Amadeo se dieron seis vivas.

El último fué para España.

Algo pescó la pobre patria.

✳

Se dice que las elegantes piensan asistir á la Academia Española el día de la recepción del Sr. Silvela.

¿Qué es esto? ¿Volverán las damas españolas á acordarse de que hay letras españolas entre Gibraltar y los Pirineos?

Esperemos.

✳

Por lo demás, so pretexto de letras, ¿qué de cultas malignidades no serán capaces de soltar los señores Silvela y Cánovas del Castillo?

Capaz soy de no asistir aquel día á ninguna repartición de bienes por oír á los académicos.

✳

«Yo soy depositario del poder ejecutivo de la república francesa;» ha dicho recientemente Mr. Thiers.

¡Yo creí que á estas horas ya reinaban los Orleanses en Francia!

Después de leer aquello del universal horror de los franceses hacia la república...

¡Yaya, yaya! ¿Con que apechugan con ella? ¿Cómo ha de ser!

✳

Ha corrido el rumor de haber sido asesinado en Búrgos el Sr. Lagunero.

Sin duda, algun anarquista lo inventó.

Porque el hombre ministerial, ¿qué interés tiene en propalar que se asesine á los suyos?

✳

Amigos de la mitad del ministerio aseguran que la oposición no pasará de unos 110 votos.

¿Se acuerdan Vds. de aquellos gobiernos que sólo tenían 23 ó 24 votos de oposición?

¡Aquellos sí que eran gobiernos queridos del país!

¡Lástima que aquella querencia muriese del todo!

✳

Quéjase un colega realista de que ciertos diarios traten del clero en tono de burla.

Tiene razon. Tanta razon como nosotros cuando nos quejamos de que se trate del clero en serio.

✳

Por lo demás, nosotros sólo nos burlamos de aquel clero que pagamos.

Me parece que de lo que nos cuesta el dinero podemos hacerlo que nos dé más gusto.

✳

Otro diario dice que los liberales no estarán contentos hasta que vean ir á Filipinas una cuerda de presbíteros.

Liberales sin entrañas serán esos.

¿Aun no son bastante desgraciados los españoles de Filipinas para acabarles de aplastar con remesas clericales?

✳

Un diario ministerial cita el caso de unos electores de oposición, que en Ciempozuelos quisieron, aunque en vano, asesinar á un voluntario de la libertad.

La Providencia en cambio ha favorecido á otros asesinos, que se han saciado en sangre republicana.

Diga Vd. ahora que el destino es injusto.

✳

Segun confesion de periódicos monárquicos, los monárquicos Sres. Marron, Moreno Nieto y marqués de Santa Cruz de Aguirre han sido ferozmente combatidos y vencidos por otros monárquicos.

Casi voy creyendo que, en efecto, los partidos monárquicos prestan verdaderos servicios al país.

Si se destruyen unos á otros...

✳

Los operarios que celebran reuniones para mejorar su suerte, aun volvieron á entretenerse con toda formalidad el domingo último sobre si había ó no había Dios.

«En esta disputa llegando los perros...»

✳

¿No decían Vds. que en los asilos de mendicidad se carecía de lo principal?

Pues no puede ser. La prueba es que *La Correspondencia* dice:

«El rey ha regalado á la señora Ortolani, con motivo de su beneficio, un brazalete de perlas y brillantes.»

Por esto digo que no puede ser.

✳

Dicen varios periódicos que en las próximas Cortes va á haber más carlistas que republicanos.

Bah, bah: antes de la revolución había en todas partes más moderados que otra cosa.

Y antes de 1835 más frailes que gente de oficio.

¿Y qué? Lo que no pesa se lo lleva el viento.

✳

En las elecciones para las Constituyentes Cataluña trajo á las Cortes gran número de republicanos, sin necesidad de coalicion.

Esta vez repite *lo propio*, y la prensa ministerial achaca nuestra victoria á la coalicion.

¡Pobres chicos!

¡Todo lo que les queda ya son sus efimeros sueldos y el estribillo coalicion!

✳

Con los mismos argumentos que en 1868 demostraba Gonzalez Brabo la popularidad del trono de Isabel II, demuestra *La Iberia* del martes la popularidad del actual gobierno.

Y lo cierto es que uno y otro tienen igual razon.

✳

¡Pues no está poco ufano el gobierno porque en estas elecciones ha sacado ménos partido que los gobiernos moderados en otras!

Ave-María. ¡Ni que fuera Vd. de oro!

✳

Oiga Vd. bajito, al oído. Los ministeriales se quejan de que en ciertas localidades las clases acomodadas se hayan mostrado indiferentes al gobierno.

En Barcelona esas clases han votado contra el gobierno.

En Cádiz, contra el gobierno; en Valencia, además de los republicanos, han salido monárquicos adversarios del gobierno; en Sevilla, la mayoría ha sido adversa al gobierno...

No sé donde diablos se han mostrado indiferentes esas clases acomodadas.

✳

Veo que los ministeriales echan pestes contra el fanatismo del único clero que nos obligan á pagar.

¡Hombre! Me alegro, me alegro, me alegro.

Es una diversion que me cuesta el dinero; pero ¿qué quiere Vd? me alegro.

✳

Los monárquicos liberales quemaron los conventos y disolvieron las comunidades religiosas.

Truenan contra el jesuitismo.

Condenan la fanática ignorancia del clero todo.

Y al par de esto nos hacen gastar más de doscientos millones anuales en frailes, jesuitas y clérigos.

¿Lo va Vd. comprendiendo?

Así hay libertad sin excesos, economías y decoro, trono y democracia, y el Carnaval no acaba nunca.

## LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS

POR ROBERTO ROBERT.

Se ha publicado la primera entrega, que contiene:

*Introduccion.*  
*El dinero de la Iglesia.*

Dirigirse á D. J. E. Morete, editor, calle de las Beatas, 12, Madrid, y principales librerías.

Dos reales la entrega.

**LOS CACHIVACHES DE ANTAÑO**, por Roberto Robert.—Un tomo de 350 páginas, 16 rs.

**LOS TIEMPOS DE MARI-CASTAÑA**, por Roberto Robert.—Un tomo de 350 páginas, 16 rs.

**LA CORTE DE MACARRONINI I**, pieza en un acto, por Roberto Robert. 2 rs. en Madrid y 2 1/2 en Provincias.

En Madrid, D. J. E. Morete, Beatas, 12.—En Provincias, en las principales librerías.

MADRID: 1871.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.